

ma que antes había estado en la ermita de la Vera Cruz de San Lúcar de Barrameda, patronato de ...

• OPINIÓN

# ¡TENGO MIEDO!

INÉS RODRÍGUEZ HIDALGO

**S**eñoras y señores, jamás pensé que en La Matanza de Acentejo (no en un país dominado por fundamentalistas de cualquier tipo), a 19 de marzo de 2002 (no hace unas décadas, en los mejores tiempos de la Dictadura), podría experimentar miedo a sufrir una agresión física por pensar diferente. Sucedió en el salón del Centro de Servicios Sociales de La Matanza, durante una de las charlas de las VII Jornadas de Misterios de la Ciencia organizadas por el Ilustre Ayuntamiento de dicho municipio, coordinadas por cierto programa de radio, y con la colaboración de varias empresas. Harían falta páginas enteras para comentar el sorprendente título de esta actividad (¿misterios?, ¿Ciencia?) llamada cultural, que se realiza con el apoyo de un organismo público sostenido por los impuestos de los ciudadanos; necesitaría mucho más espacio del adecuado a una reseña para glosar la formación, categoría intelectual, trayectoria científica y prestigio de los ponentes, o para intentar transmitir el contenido de las conferencias, basado esencialmente en experiencias personales, adornado con un lenguaje presuntamente científico (y a menudo erróneo), sin prueba ni argumentación alguna que sostenga las arriesgadas afirmaciones que se citan como dogmas de fe; tal vez escriba un artículo de opinión al respecto, pero no deseo extenderme aquí en estas consideraciones. Vayamos a los hechos: cerca de un centenar de personas asistió a la conferencia, entre ellos tres amigos míos (L., W. y R. para abreviar) y yo misma. Al terminar el orador se

## Antes de asistir a una conferencia, analicen muy bien si se trata de un acto cultural o de un mitin sectario en el que se juegan el tipo si manifiestan la más mínima disidencia. El que avisa no es traidor

abrió, como suele ser habitual en este tipo de actos públicos, un turno de preguntas. Tras varias intervenciones, R. expresó su opinión con dureza poniendo en duda las afirmaciones del ponente; éste terminó saliendo por el pasillo de la sala con ademán amenazador llamando mentiroso a R.; la discusión subió de tono y parte del público aplaudió al conferenciante e increpó a voces al disidente, hasta que el organizador tomó el micrófono tratando de serenar los ánimos. Después de alguna otra pregunta, L. pidió la palabra y planteó tres cuestiones muy concretas, a las que el ponente respondió como consideró oportuno. Pasados unos minutos decidimos abandonar la sala, ya que se hacía bastante tarde. En último lugar salíamos L. y yo; un asistente sentado junto a la puerta, varón y joven, se quedó mirando a mi amigo con gesto interrogador, como si le conociese y quisiera saludarle. Levantando la barbilla varias veces le dijo “¿qué, te parece bien?”, a lo que L., bastante desconcertado, le preguntó inclinándose hacia él “¿dime, perdona?”. Entonces el hombre sentado, sin mediar palabra, le sacudió una patada a L. en su pierna izquierda. No salíamos de nuestro asombro, no sabíamos cómo reaccionar; temblando, L. le dijo que pensaba avisar a la Guardia Civil o a la Policía, ya que consideraba inadmisibles ser agredido



MISTERIOS.

por el mero hecho de haber formulado un par de preguntas... Yo le dije que cómo se atrevía a atacar a mi amigo, y le expliqué que L. sufrió un gravísimo accidente hace dos años y tuvo que permanecer casi uno hospitalizado, con serios daños por todo el cuerpo, en particular en su pierna izquierda. A ello me respondió “pues entonces que no venga aquí jodiendo”. Deben saber que si L. hubiera recibido la patada tan sólo diez centímetros más arriba se habría mareado allí mismo, ya que es una de sus lesiones más graves y lleva insertada una placa metálica en esa zona. Yo llamé entonces al organizador de las Jornadas para que supiera lo ocurrido y salimos con él a la calle. Se disculpó como pudo y nos aseguró que mencionaría el incidente en la sala, ante toda la audiencia (desearíamos suponer que lo hizo y que algo así no volverá a suceder...) L. intentó comunicarse con las fuerzas de orden público, pero la cobertura de los móviles no estaba de nuestra parte, y no fue posible. Lo cierto es que no conocemos el nombre del agresor, un energúmeno inculto y violento, con apariencia (y nada más que eso) de persona, y que, lamentablemente, no le vimos salir esposado del Centro de Servicios Sociales, ni pasó la noche en la cárcel, como habría merecido.

Estimados lectores, coincidirán conmigo en que a un acto público de entrada libre, en el que no se pide a nadie documentación acreditativa de sus creencias previas, puede asistir cualquiera, a escuchar primero y a manifestar después, en el turno de pre-

guntas, sus dudas u opiniones, estén éstas de acuerdo o no con lo expuesto por el conferenciante. El problema surge cuando parte de la audiencia de este tipo de eventos es no sólo creyente, sino fanática y fundamentalista. Me pregunto si algo así podría haber sucedido en un curso universitario, en una conferencia celebrada en algún museo de nuestra isla, o en ciclos de charlas organizados por centros de instituciones culturales... Y, francamente, creo que no, ya que el público interesado suele estar deseoso de aprender y pensar, no de aceptar sin discusión lo que escuchan: ser crítico no está reñido con respetar las ideas ajenas. En mi opinión, quienes están dispuestos a defender sus ideas (en el hipotético caso de que las tengan) o las del líder de turno con la violencia física están peligrosamente cerca de aquellos capaces de lapidar a una mujer, de torturar a alguien por pensar diferente o de atentar contra otros seres humanos en nombre de la causa más peregrina e irracional que puedan imaginar. Si hasta ahora pensaba que era posible discrepar civilizadamente, haciendo uso del lenguaje, el razonamiento y el espíritu crítico, facultades que nos caracterizan como seres humanos, después de lo ocurrido siento vergüenza ajena y miedo. Tras este doloroso aprendizaje me atrevería a sugerirles que, antes de asistir a una conferencia, analicen muy bien si se trata de un acto cultural o de un mitin sectario en el que se juegan el tipo si manifiestan la más mínima disidencia. El que avisa no es traidor.

co LA OPINIÓN de Tenerife, ofreció a un grupo de personas interesadas la posibilidad de establecer una colaboración para publicar reportajes y artículos de divulgación en el citado diario. El resultado de esta colaboración ha sido la publicación, hasta julio de 2001, de veintiún reportajes y tres artículos, todos en el suplemento de ciencia y cultura, que tiene deciséis páginas y aparece los jueves en las páginas centrales de LA OPINIÓN. Los reportajes tienen una extensión

entre 1.600 y 1.900 palabras y ocupan cuatro páginas completas (incluyendo la portada) de las dieciséis de que consta el suplemento, que presta una gran atención al diseño y hace que, por la profusión de las imágenes y espacios en blanco que acompañan al texto, sea muy atractivo visualmente y fácil de leer. Los artículos tienen una extensión de unas 600 palabras y ocupan una página completa, en la que se incluyen, también, imágenes. Los autores de los trabajos son profe-

sores, investigadores o doctorandos de la Universidad de La Laguna. El coordinador, José María Riol Cimas, es profesor titular de Bioquímica y Biología molecular de dicha Universidad”.

RESEÑA DE LAS IMÁGENES:  
PORTADA DEL NÚMERO 38 DE  
PERIODISMO CIENTÍFICO Y  
PORTADA DEL SUPLEMENTO  
CIENTÍFICO Y CULTURAL 2C.

